

Pietro Ingrao: Los radicales, el compromiso histórico y el terrorismo

En una entrevista publicada por TRIUNFO (número 831, 30 de diciembre de 1978), el escritor siciliano y hoy parlamentario por el partido radical italiano Leonardo Sciascia, dijo a propósito de Moro y el PCI: "El presidente de la DC le hacía creer al Partido Comunista que le cedía áreas de poder, pero en realidad lo manitaba". Este comentario sobre la estrategia del "compromiso histórico" no se ha visto después confirmado por las últimas pérdidas electorales sufridas por su partido. Muchos jóvenes, muchos parados, han visto que con la anterior mayoría parlamentaria las cosas no habían cambiado realmente, y votaron por otro partido más imaginativo como el radical, o bien, sencillamente, se abstuvieron.

PIETRO INGRAO.—Ciñámonos a los hechos. Y los hechos son que los comunistas nos salimos de la mayoría por propia iniciativa cuando comprobamos que la DC se negaba a llevar a cabo reformas indispensables en la economía y en la organización del poder. Tras las elecciones del tres de junio, fuimos nosotros quienes nos negamos a entrar en una mayoría que no garantizaba los cambios necesarios, y hoy, de hecho, nuestra lucha la realizamos desde la oposición. Así que no es cierto que Moro y la DC nos hayan "maniatado". La DC se está dando cuenta precisamente en estos meses de lo difícil que resulta conseguir una mayoría y un Gobierno que tengan un mínimo de prestigio y que vaya contra nosotros y contra las masas a las que nos dirigimos. Los hechos desmienten tajantemente el juicio de Sciascia.

"En cuanto a la estrategia del "compromiso histórico", diré que se trata de una política de "largo aliento", que busca transformar la sociedad, los partidos, el Estado. De ahí que tenga que pasar por crisis, rupturas y luchas más o menos ásperas: es lo que está ocurriendo estos últimos meses, y ello demuestra que la estrategia del "compromiso histórico" es justo lo contrario de

Poco después del viaje a la Península Ibérica de Enrico Berlinguer, ha venido a Madrid a pronunciar una conferencia, por invitación de la revista "Nuestra Bandera", Pietro Ingrao, ex presidente de la Cámara de Diputados italiana, y hombre del que se habló recientemente como posible sustituto de Berlinguer tras la salida del PCI de la mayoría parlamentaria. Para la entrevista, Ingrao exigió la presentación de un cuestionario escrito, al que respondió también por escrito, al tiempo que exigió que no hiciéramos un solo corte. Las condiciones puestas por Ingrao han restado flexibilidad a nuestra "conversación". De las cuestiones planteadas, no contestó una relativa al viaje a la URSS del secretario general del PCI y a la postura de los italianos ante la anunciada "modernización" del armamento nuclear de la OTAN, por considerar que la respuesta exigiría demasiado espacio.

JOAQUIN RABAGO

un emplasto, una componenda en el vértice.

"En la conferencia celebrada en Madrid subrayé largamente y de forma autocrítica que existe un problema de contacto de los partidos de izquierda con las nuevas necesidades, las exigencias de vastos sectores de jóvenes, de mujeres de marginados, de parados, y también de obreros que representan una cultura, unas costumbres diferentes. Para resolver este problema, no bastan explicaciones simplistas. Es preciso construir con las masas y los jóvenes las formas complejas y articuladas de una difusa transformación de la vida productiva y de la organización del poder; hay que precisar, enriquecer y corregir en ciertos puntos la estrategia del "compromiso histórico". Y no retrotraernos a una política de protesta, a una cultura del "no", al rechazo de un proyecto general, no volver a ideologías de cuño liberal-democrático, como las que en Italia vienen orientando e inspirando a un cierto radicalismo.

—El mismo Sciascia —y perdóneme por mi insistencia en el personaje, pero creo que representa a un cierto estado de opinión en Italia— dice que si un día el "compromiso histórico" se realizase plenamente, el PCI se ocuparía de tranquilizar a las masas, de tener buenos y disciplinados obreros. Se acusa al partido —algunos de sus dirigentes han

hecho incluso autocrítica al respecto— de haber perdido el contacto con las preocupaciones de los sectores marginados, con las nuevas generaciones...

P. I.—Nacimos como partido hace casi sesenta años no para domesticar a los obreros, sino para organizarlos en la lucha por el socialismo. De eso hay miles de pruebas, escritas incluso con sangre, en la historia de mi país. ¡Tan dispuestos estamos a "domesticar" a los obreros que en Italia, las viejas clases dominantes han hecho todo lo posible por excluirnos del Gobierno! Y esto viene ocurriendo desde que el partido existe. La experiencia más reciente lo confirma. Basta ver la furibunda campaña que lleva a cabo la prensa conservadora para impedirnos llegar al Gobierno.

"Por lo que al futuro se refiere, no hace falta ser muy perspicaz para comprender que la estrategia del "compromiso histórico", para realizarse, exige exactamente una política diametralmente opuesta a la de ponerles bridas a los obreros y "tranquilizar" a las masas. Exige, antes bien, una extraordinaria capacidad de tensión, de lucha, de participación, ya que se trata de transformar a la sociedad, no mediante el autoritarismo de un grupo jacobino o de cuño leninista, sino desarrollando democráticamente una labor de "entente", de acuerdo con masas que

tienen tras de sí historias, tradiciones, culturas distintas de las que han formado al movimiento obrero. ¿Dónde está escrito que esa estrategia democrática deba consistir en un repliegue? Repliegue es no aprender nada de los errores sectarios del pasado, no ver qué extraordinaria innovación es la que une al socialismo con el desarrollo de una democracia de masas. Fuera de esta nueva vía, ¿qué respuesta real podríamos dar a esas nuevas exigencias de libertad y de emancipación procedentes de los jóvenes, a las que usted se refería en la pregunta?

"¿Es una vía demasiado ambiciosa? ¿Hemos cometido errores al emprenderla? Discutámosla seriamente al respecto. Pero este es el riesgo auténtico que hemos de afrontar. ¿Por qué habrían de ir por delante de nosotros quienes proponen volver a métodos y políticas de viejas sectas? Creo que con métodos semejantes, los parados seguirían aislados.

—La pretensión del PCI de ser al mismo tiempo gobierno o, mejor dicho, mayoría parlamentaria y oposición, ¿no es una fuente de ambigüedad que desorienta a los electores? Durante el caso Moro, el PCI fue el más firme defensor del Estado. Los socialistas, por su parte, vacilaron. Propusieron negociar. ¿No se ha creado a veces una falsa identificación entre rechazo del terrorismo y apoyo indiscriminado al Estado, falsa identificación que beneficia más que a nadie a la DC?

P. I.—Pero, ¿quién ha dicho, dónde está escrito que nosotros queramos ser al mismo tiempo mayoría parlamentaria y oposición? En ninguna parte. Todo lo contrario. Nos atacaron algunos dirigentes democristianos porque cuando comprendimos que la mayoría parlamentaria estaba en crisis, lo denunciábamos públicamente, y anunciamos en el Parlamento que nos retirábamos de esa mayoría. Nos ratificamos en esta retirada, incluso frente a quienes nos decían entonces que ello nos llevaría a una dura prueba electoral.

"Por lo que se refiere al asunto



ingrao, durante la última campaña electoral italiana.

to Moro, nos mantuvimos firmes para gran suerte del país. Lo decimos con orgullo. No sé dónde estaría hoy Italia si hubiésemos cedido frente al infame chantaje de una banda de asesinos. Una cosa, sin embargo, es cierta: si se hubiese cedido, la República habría quedado expuesta a las presiones de cualquier facción o grupo corporativo. ¿Habéis cedido ante esos asesinos, esos enemigos declarados de la República?, ¿con qué derecho, en nombre de qué ley os negáis ahora a hacer lo que exigimos?. Esas habrían sido entonces sus palabras.

“En cuanto a nuestro “apoyo indiscriminado al Estado” al que usted se refiere en su pregunta, ¿qué es lo que quiere decir exactamente? ¿Que hay que retirarse y limitarse a criticar al Estado? Ni siquiera cuando el movimiento obrero era una pequeña vanguardia, ni siquiera entonces era justa semejante actitud. ¿Cuanto menos ahora, en un momento en que el movimiento obrero se ha convertido en un gran polo que aspira a dirigir al país!

“Si su pregunta significa, por el contrario, que hay que intensificar y perfeccionar la lucha para transformar al Estado de modo que la República democrática pueda defenderse eficazmente contra bandas que intentan reducir la política a una guerra de “gangsters”, entonces estoy totalmente de acuerdo.

—Hablemos de los socialistas, de las posibilidades reales de una alianza entre socialistas y comunistas. Aquellos no parecen fiarse demasiado de los partidos eurocomunistas. Hablan de una insuficiente democracia interna. En su reciente viaje por la Península Ibérica, creo que Berlinguer ha podido comprobar personalmente la resistencia de los socialistas a determinadas alianzas. ¿Qué hacer, repetimos la frase de Lenin, en este caso?

P. I.—Creo que el problema de la unidad de la izquierda no consiste en valorar si los socialistas se fian o no de nosotros; ni tampoco en limitarse a tomar nota de las diferencias. Lo dije en mi conferencia de Madrid. Me niego a ese juego por el cual nosotros, los comunistas, pedimos cuentas a los socialistas de los defectos y

los errores de la socialdemocracia, y los socialistas, por su parte, nos piden cuentas a nosotros de los defectos y los errores de los partidos comunistas. Siento la necesidad personal de reflexionar sobre los errores de los comunistas. Considero periclitadas y estáticas las peleas de siglas, de banderas y las coartadas de las diferencias recíprocas. De esa forma nos mostramos débiles unos y otros, comunistas y socialistas, incapaces además de aprender unos de otros, de aprender sobre todo juntos.

“Ciertamente debemos llevar a cabo esta búsqueda común discutiendo a Lenin, viendo lo que hay que cambiar respecto a Lenin. Usted me pregunta qué hacer. Me sorprende su pregunta. En Italia, por ejemplo, el debate en el seno de la izquierda ha avanzado muchísimo. ¿Por qué no discutir del mérito de este debate en lugar de hacer preguntas como si todavía estuviésemos en el año cero? He ahí una tarea importante para las revistas de izquierda.

—Berlinguer hablaba recientemente de la conveniencia de una política de alianzas más vas-

tas capaz de romper la lógica del “fifty-fifty”, del empate, entre partidos conservadores y progresistas en Europa Occidental. ¿Sería una especie de aplicación flexible del compromiso histórico italiano a situaciones diversas? ¿Esta política de amplio consenso no produciría antes bien efectos contrarios a los deseados? ¿La alternativa democrática que propone Berlinguer no corre el peligro de resultar —dada la heterogeneidad de sus componentes— demasiado ambigua, lo que acaso conduciría a un mayor rechazo por las masas del juego parlamentario?

P. I.—Creo que los partidos de izquierda deben saber dirigirse también a fuerzas que están social e ideológicamente distantes del movimiento obrero y su tradición. No hacerlo significaría ignorar en qué medida se ha ampliado, durante el último siglo, el área de la que brota, al menos potencialmente, una necesidad de socialismo. Significaría, entre otras cosas, seguir teniendo una visión eurocéntrica de la arena de las luchas políticas, estancarse en los viejos análisis de las contradicciones del capitalismo. No creo que todas las fuerzas que hoy tienden o pueden tender al socialismo hayan de vivir necesariamente esta experiencia bajo nuestra bandera. Ello significaría tener una visión “totalizante” del papel de los partidos de izquierda. He ahí algunas razones por las que hay que ampliar el campo al cual dirigirnos, el horizonte de las experiencias en acto: comprendiendo que en este camino hemos de aprender también de una serie de fuerzas que hoy están lejos de nosotros. Creo que eso es lo que quería decir Berlinguer. Al menos, así es como yo lo veo. Y en absoluto creo que ello pudiese resultar en una alternativa “ambigua”. La crisis exige opciones concretas. No se trata de proponer componendas, ni de ocultar contradicciones y conflictos. Antes bien, la clase obrera tendrá más aliados cuanto más claramente actúe en nombre, no de una misión corporativa o exclusivista, sino en función de bienes y valores que pueden ser importantes para todos, incluso para sectores no obreros, por ejemplo, las clases medias. Tampoco veo por qué eso debería alejar a las masas del juego parlamentario. La gente se aleja del juego parlamentario cuando lo ve reducido a una confusa, misteriosa pelea de facciones y clientelas, no cuando lo ve funcionar como una gran palestra donde se enfrentan opciones estratégicas concretas. ■